



otras veces...! Me ha lanzado una mirada verdaderamente tierna... efectivamente, me conviene.

Veronika se entregó de nuevo a su ensoñación, y, sin embargo, era como si siempre se colara una figura hostil, entre las amables apariciones de su futura vida doméstica como señora consejera de la corte y la figura se reía sarcásticamente y decía: «Todo eso no son más que tonterías y, además, mentiras, pues Anselmo nunca llegará a ser consejero de la corte ni marido tuyo; no te quiere, aunque tengas los ojos azules, una esbelta silueta y unas manos finísimas...

Una corriente helada atravesó las entrañas de Veronika y un profundo horror aniquiló la comodidad con la que acababa de verse a sí misma con su bonete de encaje y sus elegantes pendientes... Las lágrimas estaban a punto de saltársele y dijo en voz alta: «¡Ah! ¡Es cierto! ¡No me ama! ¡Y jamás seré la señora consejera de la corte!».

—¡Bobadas románticas! ¡Bobadas románticas! —exclamó el subdirector Paulmann, agarró su sombrero y su bastón y salió de allí furioso, a todo correr...

—¡Lo que faltaba! —suspiró Veronika y se enfadó bastante con su hermana de doce años, que había estado todo el tiempo sentada bordando en

—¡Serpentina...! ¡Serpentina! —gritó en voz muy alta. Entonces, el archivero Lindhorst se volvió con rapidez y dijo:

—¿Qué quiere decir, apreciado señor Anselmo...? Creo que quiere llamar a mi hija, pero ella está en su habitación en el lado completamente opuesto de mi casa y, en este momento, está recibiendo su clase de piano. Venga conmigo.

Anselmo siguió al archivero casi inconscientemente. Ya no vio ni oyó nada hasta que el archivero lo agarró con fuerza de la mano y dijo:

—¡Ya estamos en el sitio!

Anselmo se despertó como de un sueño y se dio cuenta de que se encontraba en una estancia elevada, rodeada de estanterías de libros, que en nada se distinguía de las habituales salas de biblioteca o de estudio. En el medio, había una gran mesa de trabajo y, delante de ella, un sillón acolchado.

—Este —dijo el archivero Lindhorst— es, de momento, su cuarto de trabajo, pero aún no sé si, en el futuro, trabajará también en la otra sala azul de la biblioteca, en la que tan repentinamente pronunció el nombre de mi hija... Pero ahora quisiera convencerme de su capacidad para llevar a cabo el trabajo que le he encomendado, de acuerdo con mis deseos y necesidades.

El estudiante Anselmo se sintió ahora completamente animado y, no sin cierta autocomplacencia y convencido de que iba a satisfacer enormemente al archivero gracias a su inusual talento, sacó del bolso sus dibujos y pruebas de escritura.

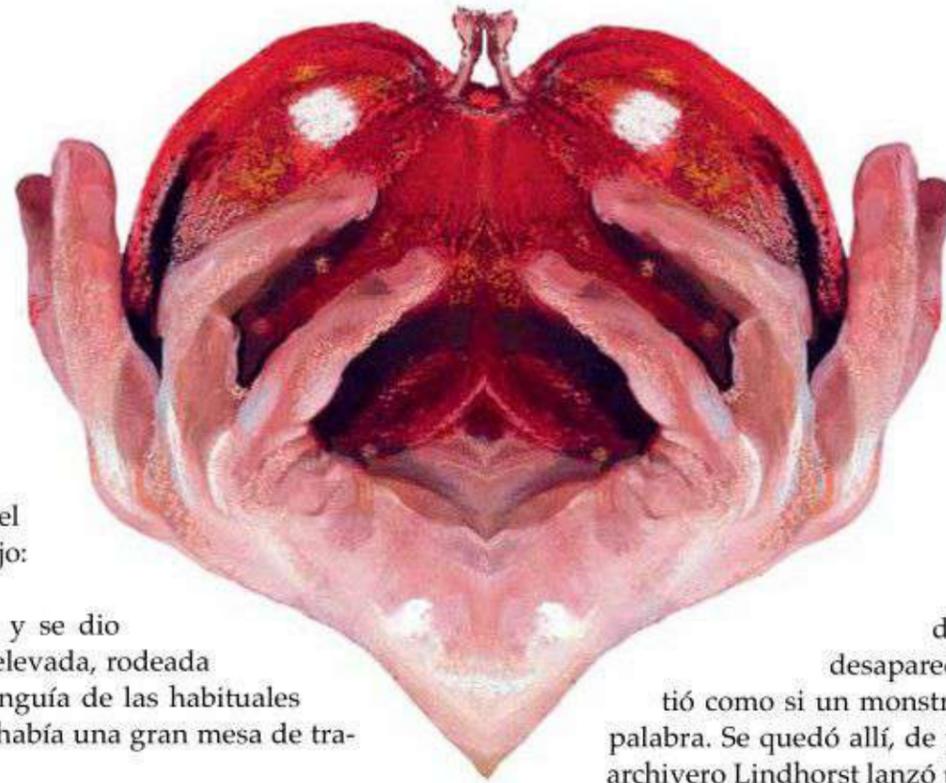
Apenas hubo visto el archivero la primera hoja, un manuscrito en el más elegante estilo inglés, sonrió de un modo singular y sacudió la cabeza. Repitió ese gesto con cada una de las hojas siguientes, de forma que al estudiante Anselmo se le subió la sangre a la cabeza y, cuando la risa acabó por tornarse desdeñosa y despectiva, estalló totalmente disgustado:

—El señor archivero no parece del todo satisfecho con mis escasos talentos...

—Querido señor Anselmo —dijo el archivero Lindhorst—, realmente tiene usted condiciones excelentes para el arte de la caligrafía, pero, en lo inmediato, veo que he de contar más con su diligencia y con su buena voluntad que con su habilidad. También puede deberse a los malos materiales que utiliza...

El estudiante Anselmo habló mucho de su habilidad artística, normalmente reconocida, de la tinta china y de las exquisitas plumas de cuervo. Entonces, el archivero Lindhorst le mostró la página en caligrafía inglesa y le dijo:

—¡Juzgue usted mismo...!



Anselmo se sintió como traspasado por un rayo, cuando se dio cuenta de lo extremadamente miserable que resultaba su letra. No había redondez alguna en los rasgos, ni la presión había sido la correcta, ninguna proporción entre las letras mayúsculas y las minúsculas, ¡sí!, y además, a menudo, una línea por lo demás bastante lograda se echaba a perder por culpa de viles y escolares patas de mosca.

—Y además —continuó el archivero Lindhorst—, su tinta tampoco es duradera.

Metió el dedo en un vaso lleno de agua y dando ligeros toques sobre las letras, todo había desaparecido sin dejar rastro. El estudiante Anselmo sintió como si un monstruo le apretara la garganta... No le salió ni una palabra. Se quedó allí, de pie, con la desgraciada hoja en la mano, pero el archivero Lindhorst lanzó una sonora carcajada y dijo:

—No se preocupe usted, apreciadísimo señor Anselmo; lo que no ha podido lograr hasta ahora, quizá pueda lograrlo mejor conmigo. Además, ¡en mi casa, hallará mejor material que el que normalmente ha tenido a su disposición...! ¡Empiece con toda confianza...!

El archivero Lindhorst trajo primero una masa negra y fluida, que desprendía un olor totalmente peculiar, unas plumas muy afiladas de colores extraños y una hoja de una especial blancura y lisura, y luego un manuscrito árabe, que sacó de un armario cerrado con llave, y en cuanto Anselmo empezó a trabajar, salió de la estancia. El estudiante Anselmo ya había copiado con frecuencia escritura árabe, así que la primera tarea no le pareció, por ello, demasiado difícil de resolver.

—Puede que Dios y el archivero Lindhorst sepan cómo han ido a parar esas patas de mosca a mi hermosa letra cursiva inglesa —dijo él—, pero que me muera ahora mismo si son de *mi* mano...

Con cada palabra que salía como es debido sobre el pergamino, su valor crecía y, con él, su destreza. De hecho, con las plumas, escribía de maravilla, y la misteriosa tinta fluía dócil y negra como el cuervo sobre el pergamino de deslumbrante blancura. A medida que trabajaba con tanta diligencia y esforzada atención, el solitario cuarto se le fue haciendo cada vez más acogedor y ya se había entregado por entero a la tarea, que esperaba culminar felizmente, cuando el reloj dio las tres y el archivero lo llamó al cuarto de al lado para disfrutar de una comida muy bien preparada. En la mesa, el archivero Lindhorst estuvo de un humor especialmente alegre; preguntó por los amigos del estudiante Anselmo, el subdirector Paulmann y el registrador Heerbrand y



Séptima vigilia

De cómo el subdirector Paulmann vació su pipa y se fue a la cama. Rembrandt y Höllenbreughel. El espejo mágico y la receta del doctor Eckstein contra una enfermedad desconocida.

Por fin, el subdirector Paulmann vació su pipa diciendo:

—Ya va siendo hora de entregarse al descanso.

—¡Claro que sí! —respondió Veronika, preocupada porque su padre se estaba quedando despierto demasiado tiempo; pues hace mucho ya que habían dado las diez. En cuanto el subdirector se fue a su estudio y dormitorio y en cuanto la agitada respiración de Fränzchen anunció que se había dormida de verdad como un tronco, Veronika, que aparentemente se había ido también a la cama, se levantó de nuevo sin hacer ruido, se vistió, se echó el abrigo sobre los hombros y salió de casa...

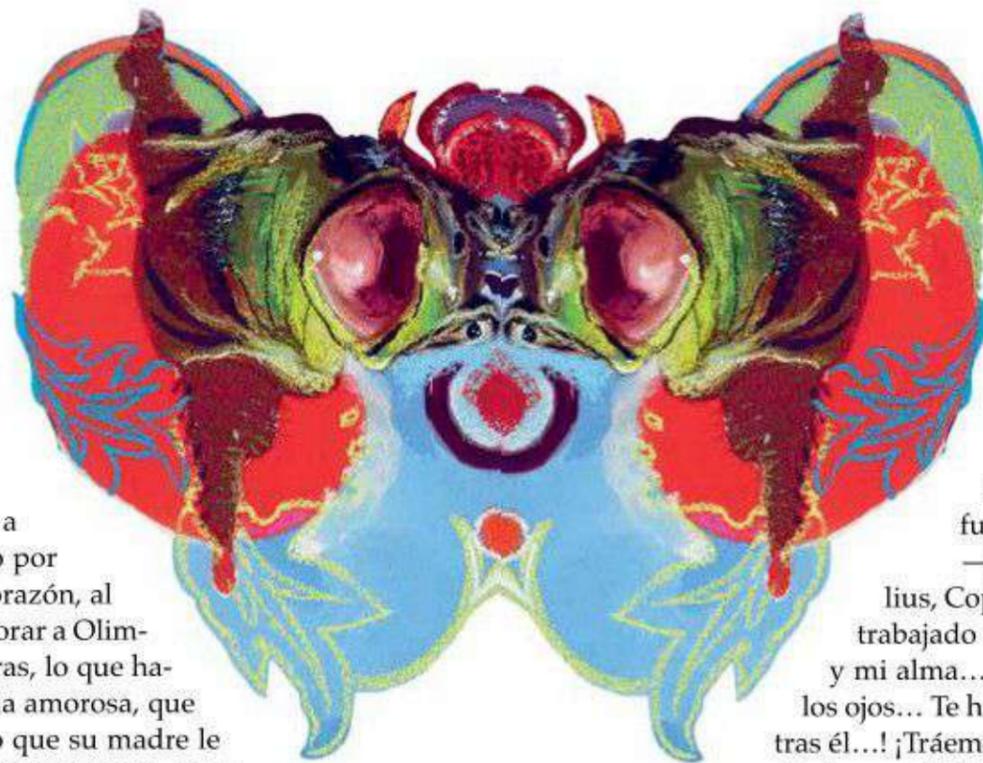
Desde el momento en que Veronika había dejado a la anciana Liese, tenía a Anselmo constantemente ante sus ojos, y ni ella misma sabía que una voz extraña en su interior le repetía sin cesar que la reticencia de él provenía de una persona hostil a ella, que lo tenía sujeto con lazos que Veronika podía romper con los misteriosos medios del arte mágico. Su confianza en la anciana Liese crecía cada día y hasta la impresión de inquietud y de horror que ella le había provocado se le iba amortiguando, de forma que todo lo maravilloso y extraño de su relación con la anciana se le aparecía sólo bajo el brillo de lo insólito y lo novelesco, por lo que se sentía muy atraída. Por eso había decidido también

tarse a una hija del cielo en el estrecho círculo trazado por una mísera necesidad terrenal...?».

El profesor Spallanzani parecía encantado con la relación de su hija con Nathanael; le daba toda clase de muestras inequívocas de su benevolencia y cuando, finalmente, Nathanael se atrevió a aludir lejanamente a una unión con Olimpia, este sonrió con todo su rostro y dijo que le dejaría a su hija libertad plena para elegir... Animado por estas palabras, con un deseo ardiente en el corazón, al día siguiente mismo, Nathanael decidió implorar a Olimpia que le dijera sin rodeos, con palabras claras, lo que hacía ya tiempo le habían dicho su dulce mirada amorosa, que quería ser suya para siempre. Buscó el anillo que su madre le había regalado al despedirse, como símbolo de su entrega, de su vida que germinaba y florecía con ella.

Entonces, cayeron en sus manos las cartas de Clara y de Lothar. Las arrojó a un lado con indiferencia. Encontró el anillo, se lo guardó en el bolsillo y corrió a ver a Olimpia. Ya en la escalera, en el pasillo, oyó un ruido extraño; parecía proceder del estudio de Spallanzani... Un golpetear... un tintinear... un percutir... un golpear contra la puerta, entre maldiciones e imprecaciones: «¡Déjala... Déjala ya... infame... maldito...! ¿Para eso he invertido en esto mi vida y mi alma...? ¡Ja, ja, ja, ja...! ¡Acaso no habíamos apostado! ¡Yo he hecho los ojos...! ¡Yo, la maquinaria...! Maldito perro, necio relojero... ¡Fuera de aquí...! ¡Satán...! ¡Alto...! ¡Fuera...! ¡Suelta...!».

Eran las voces de Spallanzani y del horrible Coppelius, las que así rugían y zumbaban enfureciéndose mutuamente. Nathanael irrumpió en el interior, presa de un miedo inefable. El profesor había agarrado por los hombros a una figura femenina, el italiano Coppola, por los pies, y tiraban de ella de un lado y otro, luchando furiosamente por su posesión. Nathanael retrocedió horrorizado al reconocer la figura de Olimpia; inflamado de una salvaje rabia, quiso arrebatarse a su amada a los furiosos contendientes, pero en ese momento, Coppola, volviéndose con una fuerza gigantesca, le arrancó la figura de las manos al profesor y le asestó con ella un golpe tan terrible, que le hizo caer de espaldas sobre la mesa, en la que había frascos, retortas, botellas y probetas, luego se tambaleó y cayó al suelo. Todos los utensilios tintinearón y se rompieron en mil pedazos. Entonces Coppola, con horrible y rugiente carcajada, se echó la figura al hombro y corrió rápidamente escaleras abajo, de forma que los pies de la figura colgaban feamente y retumbaban chocando con los escalones y produciendo un sonido a madera...



Nathanael se quedó petrificado... había visto con demasiada claridad que el rostro de cera mortalmente pálido de Olimpia no tenía ojos, sino cuencas negras en su lugar. Era una muñeca sin vida. Spallanzani rodó por el suelo. Fragmentos de cristales le habían hecho cortes en la cabeza, el pecho y el brazo. La sangre brotaba como de manantiales. Pero hizo acopio de fuerzas para decir:

—¡Síguelo! ¡Síguelo! ¿Por qué vacilas? Coppelius, Coppelius me ha robado mi mejor autómata... He trabajado veinte años en él... He puesto en él mi cuerpo y mi alma... el mecanismo... el lenguaje... el paso... mi... los ojos... Te ha robado los ojos... ¡Maldito...! ¡Maldito...! ¡Ve tras él...! ¡Tráeme a Olimpia...! ¡Ahí tienes sus ojos...!

Entonces, Nathanael vio un par de ojos ensangrentados que yacían en el suelo, mirándolo fijamente. Spallanzani los agarró con la mano que no tenía herida y se los lanzó, de modo que le golpearon en el pecho... En ese momento, la locura se apoderó de él con ardientes garras y penetró en sus entrañas, desgarrando su mente y sus pensamientos.

«¡Hui... hui... hui...! ¡Círculo de fuego... círculo de fuego! ¡Gira, círculo de fuego...! ¡Qué divertido...! ¡Qué divertido...! ¡Muñequita de madera, hui, bella muñequita de madera, date la vuelta ya, muñequita de madera...». Con estas palabras, se lanzó sobre el profesor y le apretó la garganta. Lo habría estrangulado, pero el estrépito había atraído a mucha gente, que entró, tiró del furioso Nathanael y salvó así al profesor, que fue vendado de inmediato. A pesar de lo fuerte que era, Sigmund no podía dominar a su furibundo amigo, que gritaba sin cesar con una voz terrible: «¡Gírate, marioneta de madera!» y golpeaba a su alrededor, con los puños cerrados. Por fin, la fuerza combinada de varias personas consiguió dominarlo, tirándolo al suelo y atándolo. Sus palabras se ahogaron en un espantoso rugido animal. Así, presa de una terrible furia, fue llevado al manicomio...

Antes de seguir contándote, ¡querido lector!, lo que le sucedió al infortunado Nathanael, puedo asegurarte, por si te interesas por el hábil mecánico y fabricante de autómatas Spallanzani, que se curó de sus heridas completamente. Sin embargo, tuvo que abandonar la universidad, porque la historia de Nathanael había despertado mucho revuelo y se consideró como un engaño intolerable haber intentado hacer pasar en círculos de té de gente sensata (Olimpia había tenido la suerte de asistir a ellos) a una muñeca de madera por una persona viva. Los juristas lo calificaron incluso de fina estafa, que había de ser castigada con tanta mayor dureza, cuanto

En este punto, el padre de Marie entró en la habitación y le habló largo y tendido al cirujano Wendelstern. Entonces, le tomó el pulso a Marie y ella escuchó que se trataba de fiebre causada por las heridas. Tenía que guardar cama y tomar medicinas durante unos días, aunque, aparte de un poco de dolor en el brazo, no se sentía enferma ni incómoda. Sabía que el pequeño cascanueces se había salvado de la batalla y estaba sano y, a veces, le parecía estar soñando que él le decía muy perceptiblemente, aunque con voz muy melancólica: «Marie, mi más cara dama, le debo mucho, pero... ¡usted puede hacer por mí más aún!». Marie pensó en vano qué más podría hacer, pero no se le ocurría nada... Ahora no podía jugar, a causa de las heridas del brazo, y si quería leer u hojear los libritos ilustrados, sus ojos parpadeaban de forma extraña y tenía que dejarlo. Así que el tiempo debía de hacerse muy largo y lo único que podía hacer era esperar a que anoheciera, porque entonces su madre se sentaba junto a su cama y le leía y le contaba montones de cosas bonitas. Su madre acababa de terminar la maravillosa historia del príncipe Fakardin, cuando se abrió la puerta y entró el padrino Drosselmeier diciendo estas palabras: «Ahora sí que tengo que ver con mis propios ojos cómo van las cosas con la enferma y herida Marie». En cuanto Marie vio al padrino Drosselmeier con su gabán amarillo, le vino vívidamente a la mente la imagen de aquella noche en que cascanueces perdió la batalla contra los ratones y, sin querer, gritó en voz alta al juez de la Corte Suprema:

—¡Oh, padrino Drosselmeier! ¡Estabas muy feo! ¡Te vi sentado en el reloj, cubriéndolo con tus alas para que no sonara fuerte, porque, de lo contrario, los ratones se habrían espantado...! ¡Y oí muy bien cómo llamabas al rey de los ratones! ¿Por qué no acudiste en ayuda del cascanueces? ¿Por qué no acudiste en mi ayuda, feo padrino Drosselmeier? ¿Acaso no eres el único culpable de que tenga que guardar cama, herida y enferma...?

La madre preguntó horrorizada:

El
cascanueces
y el rey
de los ratones

178



arrendatario Feldkümmel y la Doncella de Orleans tuvieron que ocupar la primera fila.

—¡No! ¡Esto es cada vez peor! —gritó la madre, la mañana siguiente—. Debe de haber un ratón grande y asqueroso viviendo en el armario de cristal, porque todos los preciosos muñequitos de azúcar de la pobre Marie están roídos y mordidos.

Marie no pudo contener las lágrimas, pero pronto volvió a sonreír de nuevo, pues pensó: «¡Qué más da! ¡Cascanueces se ha salvado!».

Por la noche, cuando la madre le contó al consejero de la Corte Suprema las travesuras que estaba haciendo un ratón en el armario de cristal de los niños, el consejero médico dijo:

—Es repugnante que no podamos deshacernos del fatal ratón, que está haciendo de las suyas en el armario de cristal y comiéndose todos los caramelos de la pobre Marie.

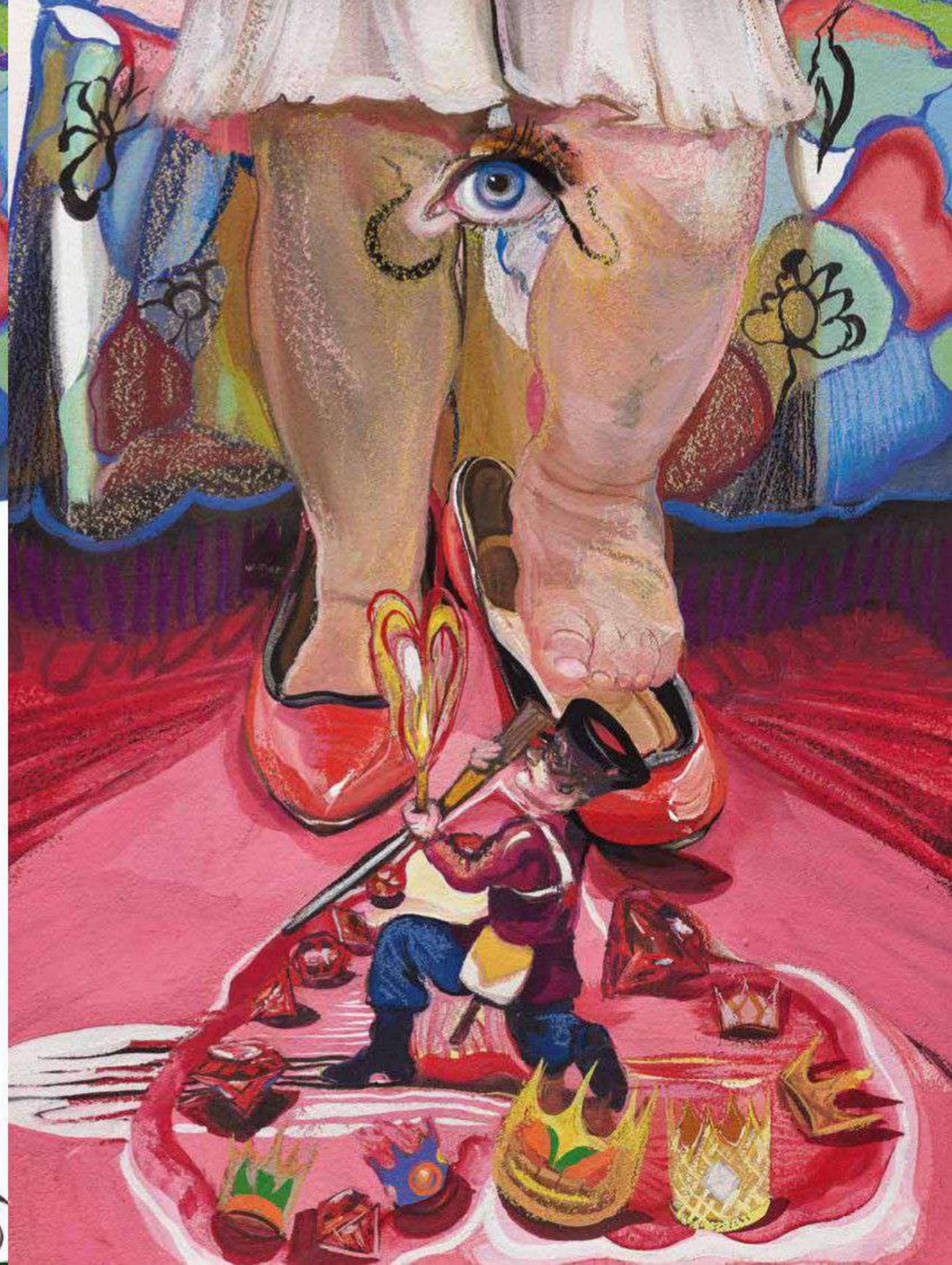
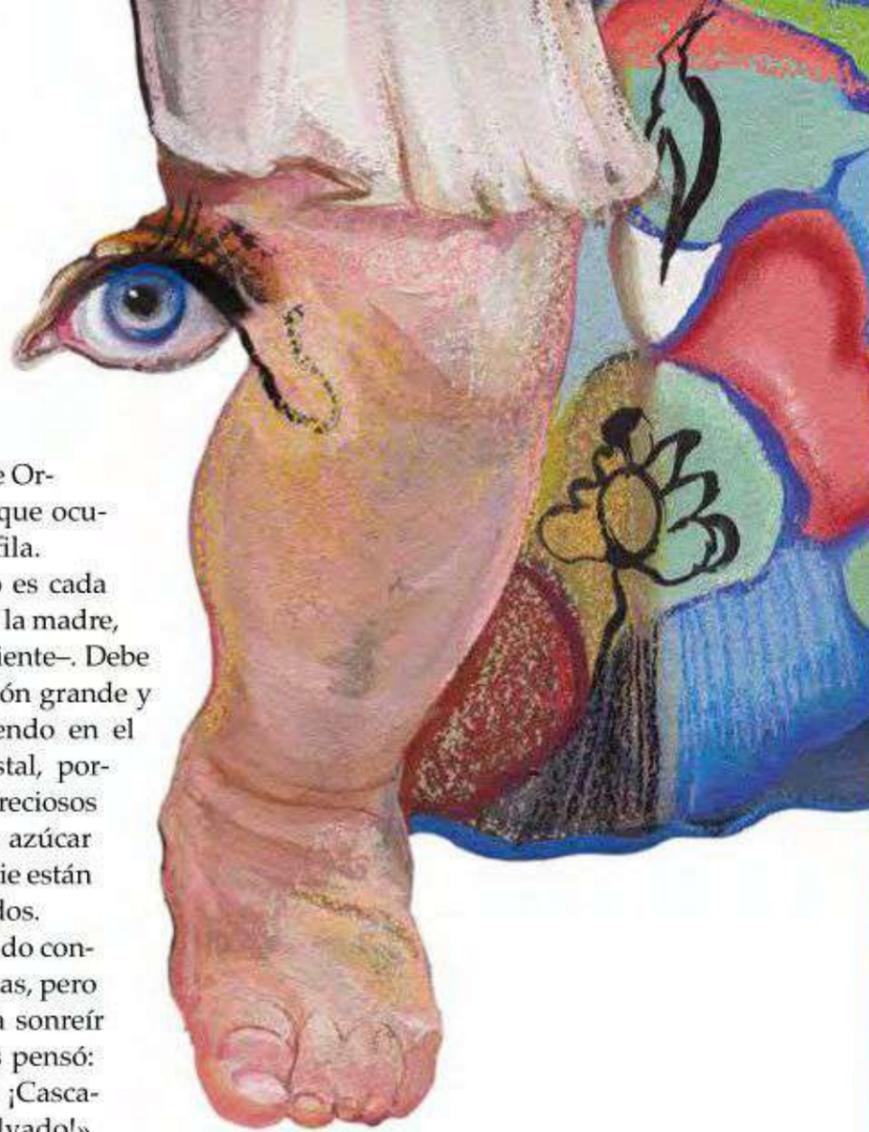
—¡Eh! —intervino Fritz divertido—, el panadero de abajo tiene un gato gris realmente excelente. Quiero que suba aquí. Él pronto acabará con todo y le arrancará la cabeza al ratón, ya sea la señora Mauserinks misma o su hijo, el rey de los ratones.

—Y —continuó la madre riendo—, saltará sobre sillas y mesas, y tirará al suelo vasos y tazas y destrozará mil cosas más.

—¡De ninguna manera! —replicó Fritz—, el gato del panadero es un tipo hábil, nada me gustaría más que poder caminar por el afilado tejado con tanta gracia como él.

El
cascanueces
y el rey
de los ratones

202



qué otra razón, se puso también a aullar violentamente, lo que contagió a su vez a la pobre Christlieb, que comenzó a sollozar y a llorar. En medio de estos gritos y lamentos de los tres niños, el conde Cyprianus von Brakel partió de Brakelheim y así terminó la distinguida visita.

Los nuevos juguetes

En cuanto el carruaje se marchó rodando colina abajo con el conde Cyprianus von Brakel y su familia, el señor Thaddäus se despojó rápidamente de su atuendo verde y de su chaleco rojo, y una vez que se hubo puesto, con la misma rapidez, su holgada chaqueta de paño y que se hubo pasado el pelo dos o tres veces con su ancho peine, respiró hondo, se estiró y exclamó: «¡Gracias a Dios!».

También los niños se quitaron rápidamente sus ropitas de domingo y se sintieron felices y ligeros.

—¡Al bosque, al bosque! —gritó Félix, al tiempo que trataba de dar los mayores saltos en el aire que había dado en su vida.

—¿No queréis ver primero lo que os han traído Herrmann y Adelgunda? —dijo la madre, y Christlieb, que, mientras se quitaban la ropa, ya había estado examinando las cajas con ojos curiosos, dijo que estaría bien hacer primero eso y, luego ya después, habría tiempo de sobra para correr al bosque. Félix era muy difícil de convencer y dijo:

—¿Pero qué gran cosa puede habernos traído ese niño idiota de los pantalones bombachos junto con su hermana llena de cintas? ¡Hombre! De ciencias, parlotea bastante bien, pero primero se pone a dar la murga con el león y el oso y sabe cómo se cazan los elefantes y luego tiene miedo de mi Sultán... tiene un sable en el cinto, pero se pone a aullar y gritar y se arrastra debajo de la mesa... ¡Menudo cazador va a ser!

—¡Ay, querido Félix! ¡Déjanos abrir las cajas, aunque sea un poquito! —le suplicó Christlieb y, como Félix hacía todo lo posible por complacerla, renunció a salir corriendo hacia el bosque de la mano con ella y se sentó pacientemente con Christlieb a la mesa donde estaban las cajas. Fue la madre quien las abrió, pero... ¡Ay, mis queridos lectores! Seguro que a todos vosotros os ha sentado muy bien, que en la época de la alegre feria anual o, seguro, en Navidad, vuestros padres u otros amigos queridos os hayan obsequiado abundantemente con toda clase de cosas bonitas. ¡Pensad en cómo gritabais de alegría, cuando estabais rodeados y veáis de pie, a vuestro alrededor, brillantes soldados, hombrecitos con organillos, muñecas bellamente vestidas, pequeños utensilios, maravillosos libros ilustrados, etcétera!



La misma alegría enorme que tenáis vosotros entonces la tuvieron Félix y Christlieb, pues de las cajas salía una riquísima variedad de las cosas más lindas y brillantes y, al mismo tiempo, había toda clase de caramelos, de modo que los niños juntaban las manos una y otra vez y exclamaban: «Pero... ¡qué bonito es esto!».

Félix tan sólo apartó una bolsa de caramelos con desdén y, cuando Christlieb le pidió que, al menos, no tirara los cristales de azúcar por la ventana, como estaba a punto de hacer, no lo hizo, pero abrió la bolsa y le lanzó algunos caramelos a Sultán, que entretanto había entrado moviendo el rabo. Sultán los olió y, de inmediato, apartó la boca con descontento. «Ya ves que ni siquiera Sultán quiere comerse esas cosas asquerosas».

Por cierto, de todos los juguetes, a Félix no le hizo gracia nada más que un apuesto cazador, que cuando uno tiraba de un pequeño hilito que sobresalía por debajo de la chaqueta, se colocaba el rifle y disparaba a su blanco, colocado tres palmos delante de él. Luego le gustó también un pequeño hombrecito, que sabía cómo hacer cumplidos y tocaba el arpa cuando se le daba cuerda; pero, sobre todas las cosas, le gustaron una escopeta y un cuchillo de caza, ambos de madera bañada de plata; así como una bonita gorra de húsar y una bolsa de munición. Christlieb se puso muy contenta con una muñeca que llevaba un precioso vestido y con un juego completo de enseres domésticos. Los niños se olvidaron de los bosques y las veredas y disfrutaron de los juguetes hasta ya muy avanzada la tarde. Luego se fueron a la cama.

Qué pasó con los juguetes nuevos en el bosque

Al día siguiente, los niños volvieron a empezar desde donde lo habían dejado la tarde anterior; es decir, volvieron a coger las cajas, extendieron sus juguetes por allí y se entretuvieron de formas muy diversas. Al igual que el día anterior, el sol brillaba claro y amable por las ventanas, y los abedules susurraban y murmuraban al ser saludados por el zumbido del viento matinal. Los lúganos, pinzones y ruiseñores se regocijaban con las cancioncillas más bellas y alegres. Sin embargo, a Félix se le encogió el corazón y se llenó de nostalgia, mientras jugaba con su cazador y su hombrecito, con su escopeta y su cartuchera.

—¡Ay! —gritó de repente—, ¡ay! ¡Pero si fuera se está mucho mejor, vamos Christlieb! ¡Vámonos al bosque de una carrera!

Christlieb acababa de desvestir a la muñeca grande y estaba a punto de vestirla de nuevo, lo que le gustaba tremendamente, por lo que no quería salir, de modo que le preguntó:



Con esto, la muchacha se marchó cruzando la calle, sin volver ya a la posada, con ambas manos apretadas contra el rostro. Elis Fröbom volvió a sumirse en sus sombrías ensoñaciones y, finalmente, cuando el júbilo de la posada se hizo bastante ruidoso y frenético, exclamó:

—¡Ay! ¡Ojalá me enterraran en lo más profundo del mar, pues en la vida no me queda nadie con quien alegrarme!

Entonces, una voz profunda y áspera habló cerca de él:

—Joven, debe de haber experimentado una gran desgracia para que desee la muerte incluso ahora, que la vida debería estar comenzando para usted.

Elis se volvió y vio a un viejo minero, que estaba apoyado, con los brazos cruzados, en la pared de tablas de la posada, observándole con una mirada seria y penetrante. Pero cuando se fijó un poco más en el anciano, sintió como si, en la profunda soledad salvaje en la que se creía perdido, apareciera una forma conocida, que le resultaba amigable y reconfortante. Así que se recompuso y le contó cómo su padre había sido un timonel muy dotado, pero que había perecido en la misma tormenta de la que él había sido rescatado milagrosamente. Sus dos hermanos habían caído como soldados en la batalla y sólo él había mantenido a su pobre madre, abandonada con el rico salario que recibía después de cada viaje a las Indias orientales. Al fin y al cabo, desde niño había estado destinado a ser marino, y le había parecido muy afortunado poder entrar al servicio de la Compañía de las

